

† CARLOS GONZALEZ C.

fermento en la masa

16



**adultos
al servicio
del reino de dios**

EDICIONES PAULINAS

Colección
FERMENTO
EN LA MASA
16

† CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Adultos al servicio del Reino de Dios

EDICIONES PAULINAS

Al pensar en nuestra Iglesia Católica, en 1981, es fácil captar una realidad compleja y difícil de definir. Se dan evidentes señales de vitalidad y crecimiento en las comunidades cristianas. El Congreso Eucarístico, especialmente la visita del Cristo Peregrino, mostró un amor grande por la persona de Jesús. Los pobres sienten cerca a su Iglesia, tienen confianza en Ella y en sus Pastores. En muchos se ha producido una revalorización del sacramento del perdón.

Nuestra Iglesia, gracias a Dios, está viva, y hay interés por Ella y por la búsqueda del Señor.

Por otra parte, se perciben señales de cansancio en un quehacer excesivo que no da tiempo para reflexionar. El acento, muchas veces, se coloca en denunciar lo que no debe ser, faltando un mayor anuncio e iluminación de los problemas de la vida con los criterios de Jesús. Nuestra Iglesia, según opiniones de personas de buen criterio, está sobredimensionada por la pastoral social y promocional realizando "una tarea de suplencia" que, debiendo ser transitoria, se ha transformado en tarea permanente y predominante.

Algunas preguntas no encuentran las respuestas adecuadas: ¿qué escala de valores entregamos hoy en la formación de personas?; ¿cómo educamos en la fe, en la oración, en el amor?; ¿qué valor tiene el sentido de la cruz?

Veo que más que realizar muchas acciones sería necesario trabajar por ser más personas y mejores testigos del Evangelio. Es necesario reactualizar algunos valores: lealtad, dignidad, fidelidad. . . Es preciso pensar una escala de valores que responda mejor al tiempo en que vive nuestra fe y nuestra vida.

No podemos desconocer que vivimos en una sociedad marcada por la competencia, con caracteres posesivos y violentos. Es una sociedad que va destruyendo al hombre, transformándolo en número o en cosa. Nuestra sociedad presenta valores paganos, en contradicción a los criterios del Evangelio, y puede ser profundamente destructora.

Las comunicaciones con quienes tienen el poder y la autoridad, suelen ser tensas, difíciles, pareciendo que esta relación, muchas veces, fuera de un poder a otro poder lo cual se contrapone a nuestra afirmación "que la Iglesia no quiere ser un poder". Vivimos en tensiones y permanentes conflictos que van exigiendo respuestas y polémicas, que engendran un gran cansancio y desgaste interior para todos.

Personalmente, me parece que debemos dar un paso de confianza en Dios para entrar en los conflictos con las armas del joven David y no con las corazas del gigante Goliath. Veo necesario una Iglesia más consciente de su propia identidad, de su misión propia y única. Me parece que sólo en esta perspectiva podremos vivir con mayor alegría y verdad. Así creceremos en esa libertad interior que se produce al vivir en un estilo propio con las características del Evangelio de Jesús y anunciando una "Buena Nueva" a los hombres de buena voluntad. No se trata de pensar en una línea "aséptica" o desencarnada

de la vida y de los problemas mal llamados "contingentes". Es necesario abordarlos, encontrando eso sí, un estilo adecuado a Jesús de Nazareth.

Estas reflexiones han sido escritas para ayudar y acompañar a quienes buscan una formación seria y profunda. La tarea de formación es una tarea que durará toda la vida y estas páginas sólo pretenden hacer algunos aportes, no completos o únicos, para la primordial tarea de formación de personas.

Estas reflexiones quieren ser continuación del folleto "Formación de personas y de Comunidades Cristianas", publicado en 1974.

I. LA META FINAL:

PERSONAS QUE ELIGEN SEGUIR A JESUS, EN COMUNIDADES DE IGLESIA Y AL SERVICIO DEL REINO DE DIOS

En una recta formación de personas será indispensable una perspectiva que abarque las grandes realidades que afectan a un cristiano. Es la única manera de formar personas integradas y no pedazos de personas.

Un cristiano no se entiende sino en un seguimiento a Jesús y en una integración de Iglesia. La Iglesia si no está proyectada hacia el Reino de los Cielos, será una iglesia eclesiocéntrica, y esa iglesia no fue la que pensó Jesús.

La relación de servicio al Mundo y al hombre está bien orientada cuando se ha entendido rectamente lo que es ser persona en su relación a Jesús, a la Iglesia y al Reino.

El trabajo formador es integrar estas grandes realidades. Es lo que presentarán estas reflexiones.

Mirando a esta meta se precisarán los siguientes puntos:

a) Ser Persona

En lo más profundo de nosotros se dan una serie de cualidades y valores, se da un grado de inteligencia, de voluntad. Tenemos una vida afectiva,

emociones, sentimientos. Hacemos con agrado algunas actividades y rechazamos, o hacemos con dificultad, lo que no nos gusta.

Algunos afirman tener "mucho personalidad"; otros dicen tener poca personalidad o son "débiles de personalidad".

Como primer paso en una tarea de formación es importante descubrir y aceptar todo lo bueno que Dios nos ha dado y, partiendo de esa base, trabajar esos elementos, cohesionarlos, hacerlos crecer y darles una unidad interior armoniosa. Todos tenemos valores y hemos recibido los dones del Espíritu Santo (1 Cor. 12, 7). La diversidad es grande y, entre todos, llegamos a una complementación valiosa.

Descubrir y aceptar lo que uno es, no siempre es fácil, especialmente en el carácter chileno que, inclinado a la autocompasión o el pesimismo, valora con dificultad lo bueno que Dios ha colocado en su persona.

Vivimos con frecuencia demasiado preocupados de las enfermedades y limitaciones. Es fácil encontrar personas tristes y sin esperanza que no viven con verdad porque hacen comparaciones inútiles con las cualidades ajenas. Contribuye a quitar la alegría de vivir el sentirse ciudadano de segunda categoría, como es la sensación que sufren algunos sectores obreros y campesinos. Estas situaciones hacen perder la confianza en las propias posibilidades, lo cual hace mucho daño y es fuente permanente de frustraciones.

Sólo al producirse la real aceptación de la propia verdad, con un sentido positivo, sin lamentaciones depresivas, se podrá iniciar esa hermosa tarea de trabajar en la formación para ser personas como Dios lo quiere.

Ayuda mucho entender y aceptar con fe y humildad que Dios tiene un plan personal para cada ser humano y que El no se repite en la creación de la humanidad. Cada hombre y cada mujer tiene un sello propio, original, y es tarea fundamental descubrir y desarrollar esa vocación que nos diferencia y nos define en lo más profundo de nuestro ser.

Solamente aceptando esta realidad será posible superar la tendencia a imitar o copiar a otros, colocándose máscaras o disfraces que lo distorsionan todo. Para ser persona ayudará mucho entender que la vida es la gran maestra de formación y que en cada uno de nosotros está el primer actor de la misma. Es necesaria una decisión seria por formarse y un acto de fe en las posibilidades que Dios ha entregado a cada uno de sus hijos.

b) Escala de valores para el tiempo que se vive

La experiencia indica que en cada época se requiere acentuar algunos valores. Los tiempos y los esquemas de sociedades en las cuales vivimos requieren respuestas diferentes en la formación de las personas. Es muy diferente un trabajo de formación en una sociedad con televisión y abundantes medios de comunicación, que en una sociedad sin radio y sin teléfono. Los valores de violencia, competencia y materialismo que invaden nuestra sociedad exigen presentar valores que constituyen una respuesta positiva a estos antivalores paganos que trata de instaurar el esquema imperante de sociedad.

Los valores son siempre los mismos; pero el esquema de sociedad en el cual vivimos va acentuando algunos valores y opacando otros. Pienso en lo dife-

rente que es el Chile del tiempo de la Unidad Popular al Chile del Gobierno Militar. Los últimos cuatro Presidentes del País, Alessandri, Frei, Allende y Pinochet, han marcado al país con valores diferentes. Es una realidad que todos podemos captar y no es del caso hacer comparaciones que están fuera de la intención de estas reflexiones.

He escuchado y reflexionado este tema y propongo una escala de valores que merecen una especial dedicación para nuestro tiempo, en el contexto histórico que vivimos.

1) *Lucidez*

La lucidez es la capacidad de entender el tiempo en que se vive. Es penetrar con los ojos de la fe los problemas y las aspiraciones de quienes nos rodean. Es captar en qué esquema de sociedad se vive y cuáles son los valores que marcan a una generación o a una época.

La lucidez significa ese don del Espíritu Santo llamado el don de "sabiduría". Es lo que pedía el Rey Salomón a Dios cuando solicitó "el don de saber escuchar a su pueblo".

La lucidez será vislumbrar las corrientes del pensamiento actual y sacar las consecuencias para la vida concreta y real de todos los días.

Ser lúcido hoy significa aceptar que vivimos en una sociedad competitiva y consumista, marcada por la eficacia. Ser lúcido hoy, será entender la rapidez con que evoluciona la civilización técnica, muchas veces materialista, en la cual el Dios de Jesucristo suele estar escondido por los dioses falsos que distorsionan los verdaderos valores.

No bastará hacer diagnósticos o investigaciones interesantes sobre lo que piensan los hombres y sobre lo que sucede en el mundo. Se trata de penetrar la realidad que se vive con una mirada de Dios y, bajo la luz de esa mirada, interpretar los acontecimientos y así se descubrirán los llamados de Dios.

La lucidez o claridad interior es el primer elemento que es necesario cultivar en el trabajo de formación de personas y comunidades.

La lucidez consiste en lograr descubrir "las semillas del Verbo" en medio de las ambigüedades o contradicciones de nuestra sociedad materialista y agresiva. Es la capacidad de penetrar el mundo del futuro con sus consecuencias, que necesariamente afectarán a las próximas generaciones.

Se trata de captar las aspiraciones de quienes nos rodean y enjuiciar con libertad la sociedad en la cual vivimos. Sólo así podremos descubrir las semillas de la vida y las señales de muerte, los valores evangélicos y los ídolos que destruyen y materializan a los hombres. Ser lúcido es descubrir el juicio de Dios sobre la sociedad actual y saber discernir lo verdadero de lo falso. Sólo aquel que es lúcido podrá ser luz, levadura en la masa y testigo de Cristo.

2) *Creatividad*

Cada día veo con mayor preocupación que se nos entrega una cultura con minúscula, envasada en programas de televisión con poco contenido; pero, como algunos regalos envueltos en papeles elegantes. Los jóvenes piensan y leen poco porque no lo necesitan. Pareciera haber quien piensa por ellos.

Hemos perdido bastante en este aspecto y basta ver la modificación de los programas de educación

para entender cómo lo que puede ser conflictivo es sistemáticamente eliminado. Actividades creativas como pedagogía, ciencias filosóficas y sociología se van relegando a un segundo plano y la palabra "participación", que tanto importa a la Iglesia, es una palabra un tanto pasada de moda...

Casi todo lo importante es resuelto por pocos y crece la pasividad de tantos que aceptan lo que se les entrega ya decidido. Esta reacción es explicable y fácil de entender porque siempre será cómodo quedarse tranquilo y pasivo recibiendo todo lo elaborado por otros. La ley del menor esfuerzo siempre tendrá una inmensa mayoría de adeptos. Es la situación del hombre flojo que no piensa cómo superar un problema de trabajo. Es la dueña de casa que todos los días cocina los mismos guisos, sin imaginación y con poco interés.

La creatividad es un valor de primera magnitud; pero hoy día, en nuestra realidad histórica que nos lleva a la pasividad, adquiere mayor importancia. Si este valor no es trabajado, será muy fácil que la próxima generación sea una generación inerte, sin iniciativas, y que sólo reaccionará por consignas entregadas desde arriba.

Especialmente en nuestra realidad de grandes cambios, es urgente desarrollar la imaginación y la capacidad de creación para respuestas nuevas.

La creatividad significa renovación y crecimiento, es conciliar lo que sucede con lo que vendrá, es coordinar la tradición y la renovación. Es necesario reconocer que la creatividad viene del amor porque todo amor verdadero es creador y es la raíz de la creatividad.

Casi siempre vivimos en encrucijadas en las cuales se requiere serenidad, reflexión y creatividad. Hoy

día, 1981, estamos, tal vez para muchos, viviendo en un callejón sin salida; pero habrá que "seguir y hacerse un camino, cortando a través de las zarzas y malezas. Nunca se llega a un lugar donde sólo hay zarzas y ningún camino; la esperanza es un camino en el campo; nunca hubo siquiera un camino; pero cuando muchas personas caminan por él, el camino empieza a existir".

Creatividad es saber mirar la vida y los problemas con visión y perspectivas, sin quedarnos pasivos esperando que otros piensen y resuelvan por nosotros. Quien es creativo es capaz de proyectarse en la sociedad para transformarla. Así podrá asumir su compromiso temporal por caminos nuevos, posibles y realistas. Así podrá darle mayor energía y vitalidad a su Iglesia, creando respuestas adecuadas a los problemas actuales.

3) *Libertad*

El cristiano "ha sido llamado a libertad" porque "Jesús nos libertó para ser libres" (Gál. 5, 1) y los "discípulos de Emaús esperaban a quien iba a liberar al pueblo" (Lc. 24, 11).

Jesús "viene a traer la libertad a quienes están encadenados y oprimidos" y afirma que "la verdad nos hace libres" (Jn. 8, 33).

Todos tenemos una vocación a la libertad, valor siempre fundamental; pero que, en un sistema de libertad restringida, como es el nuestro, adquiere una relevancia especial.

Jesús quiere hombres libres, personas liberadas interiormente de la hipocresía, de las esclavitudes interiores, del ritualismo y de las opresiones.

Jesús quiere personas que coloquen sus fuerzas en lo que son, y no en los bienes que tienen. El pide que la seguridad esté en nuestro corazón, en la verdad, en la justicia y no en las falsas seguridades, o en un "orden" fruto del temor o del poder.

Todos deseamos un orden en el amor, en valores que generan la verdadera libertad. Sólo un "orden" basado en la verdad, en el amor y en la libertad, bien entendida, es el orden duradero y estable. Otro orden basado en el poder y el temor, sólo dura mientras exista temor o poder.

No se trata de la falsa libertad de los solitarios independientes o de la libertad de quien abusa del poder y hace lo que quiere en forma prepotente. Es la libertad cristiana del hijo de Dios que vive en amor. Es verdad que "todo hombre que produce un acto libre proyecta su personalidad en el infinito. Si él da con mal corazón una limosna a un pobre, esta moneda traspasa la mano del hombre. Cae, traspasa la tierra y el sol, atraviesa el firmamento y compromete al universo.

Si produce un acto impuro, oscurece tal vez miles de corazones que él no conoce, que le corresponden misteriosamente, y que tienen necesidad que este hombre sea puro, como un viajero moribundo de sed, tiene necesidad del vaso de agua de que habla el Evangelio" (Leon Bloy).

No es la libertad de quien se afirma en los bienes materiales, en las propiedades, en los títulos. Se trata de la libertad evangélica de aquellos que se desprendieron de las falsas seguridades, a ejemplo de Jesús, que "siendo rico se hizo pobre por amor".

Por el contrario, aquel que coloca su seguridad en la posesión de bienes materiales, generalmente termina siendo esclavo de ellos; es el caso del avaro

que Jesús muestra en el capítulo doce del Evangelio de san Lucas.

Son libres aquellos que por amor han superado el miedo, el temor, incluida la muerte y un futuro incierto. Son aquellos que viven alegres en las manos de Dios, libres frente a la riqueza, en una pobreza que los hace desprendidos para poder amar (Puebla 1148-1152).

Aquel que alcanzó la verdadera libertad será capaz de liberar a otros, a imagen de Jesús el gran Liberador. Esa es nuestra vocación fundamental.

4) *Dignidad*

La Iglesia une fuertemente la libertad con la dignidad (cfr. Puebla 321-329).

La dignidad habita en lo más profundo del corazón, en nuestra conciencia interior, y todos cuidamos que esa zona interior no sea profanada o trajinada por nadie. Sabemos que sólo Dios puede penetrar nuestra conciencia y que sólo El tiene derecho a hacerlo.

Nadie quiere ser humillado o pisoteado en su propia dignidad.

Todos queremos ser personas y por eso duele tanto sentirse utilizado o manipulado. Todos desean caminar con la frente en alto, mirando directamente a los ojos, porque reconocen, consciente o inconscientemente, que sólo delante de Dios es posible arrodillarse; pero no delante de ningún otro.

Desde niños, tratamos de salvar nuestra dignidad, deseando ser tratados como personas. Cuando esta conciencia de personas es profanada se generan rebeliones entre padres e hijos, tensiones entre es-

posos, luchas sociales, ya sea en un país o en una Iglesia.

Será siempre necesario encontrar sistemas de vida y de gobierno en los cuales se salve la dignidad humana. Cuando el poder aspira a ser total se produce la humillación de los súbditos que pierden su dignidad. Es lo que sucede en los regímenes totalitarios, ya sean de tipo marxista o capitalista. Es lo que acontece con un padre de familia prepotente y avasallador, y es la tensión al interior de una Iglesia cuando se dan normas sin respetar a los creyentes.

En cada persona, sea como sea, late un hijo de Dios que merece respeto y dignidad y esa es la raíz más profunda de la dignidad humana.

Toda persona bien orientada aspira al crecimiento de su dignidad propia y a un gran respeto por los otros. Sabrá crear actitudes respetuosas, sabrá entender a quienes piensen diferente y jamás será un dominador prepotente.

Nuestra sociedad despersonalizante y masificada, marcada por el consumismo y la competencia, necesita de quienes cuiden especialmente la dignidad de los hombres. Tarea apasionante, pero exigente, porque es fácil dejarse llevar por la corriente y atropellar a los débiles.

Buen orientador es aquel que respeta las conciencias, ese espacio interior que todo ser humano cuida con tanto esmero. En una sociedad que tiende a tratar a las personas como números, en una sociedad que desprecia a los ancianos o a quienes no son eficientes, será necesario estar muy atento a este valor llamado dignidad.

5) *Madurez*

Al existir elementos de creatividad, libertad, dignidad, se puede pensar que existe la madurez, siempre que estos valores se hallen interrelacionados en forma armoniosa y coherente.

Es maduro aquel que logra una real y adecuada aceptación de su propia verdad; aquel que sabe controlarse a sí mismo y relacionarse con sus semejantes en forma fraternal y no posesiva; aquel que encontró una seguridad básica interior y descubrió su vocación personal, o sea, la razón de ser de su vida.

Cuando todos estos elementos se unifican en un ideal cristiano, se ha llegado a una formación según la Voluntad del Señor. Para "llegar al día de Jesucristo en plena madurez" (Fil. 1, 9).

La madurez siempre será creciente y progresiva, proporcionada a la edad y a la evolución de la personalidad. Es la síntesis final del camino recorrido. Por esta razón la Iglesia, en el sacramento de la Confirmación, pide que el Espíritu Santo conceda a los confirmandos "la perfecta madurez".

Trabajar en la madurez es de enorme importancia en un mundo tan marcado por rasgos adolescentes y en un esquema de sociedad en donde rasgos de unidad sólo aparecen en algunos pocos. Es necesaria la madurez en los sacerdotes para respetar y dejar espacios de libertad al laicado. Igual madurez se requiere en los laicos para actuar con personalidad en el mundo de la Iglesia. La madurez es condición importante en quien trabaja en orientación de personas. El orientador necesita haber recorrido el camino hacia la madurez, y quien trabaja en condiciones inmaduras puede hacer mucho daño a quienes trata de orientar.

6) *Solidaridad o Fraternidad*

Esta escala de valores tiene sentido únicamente al estar animada por el Amor. Se trata del amor que unifica al Sermón de la Montaña y que hoy se expresa en las palabras Solidaridad o Fraternidad.

Este es el sexto elemento en una escala de valores actuales, siendo la solidaridad, o el amor, lo que unifica y da sentido a los valores anteriores. No es sólo una solidaridad intelectual, sino la solidaridad del Buen Samaritano que abre los ojos y ve al herido, tiene compasión y baja del caballo y corre riesgos para atender al enemigo herido en el camino. Es la solidaridad de quien entiende al pobre, al marginado, porque allí está un rostro de Jesús que sufre.

Se trata del amor por el cual seremos juzgados en el juicio final. Será preocuparnos de quien tiene problemas de hambre, de salud o de trabajo, sin quedarse en nombrar una comisión para diluir responsabilidades. Será entender a quienes sufren soledad, angustia e incompreensión.

Es abrir los ojos a la vista de quienes están lejos o cerca, sin "pasar de largo", sin querer ver u oír.

Es el polo opuesto a lo que hizo Pilatos que "se lavó las manos" y deslindó responsabilidades en otros. Qué fácil es lavarse las manos y ser sordos o ciegos para no oír o ver.

La humanidad está representada en la parábola del amigo inoportuno que llega a la medianoche y le dice al vecino: "Présteme tres panes porque otro amigo mío ha llegado de viaje y no tengo que darle" (Lc. 11, 5-6).

Los hombres buscan además del pan material, el pan de la fe, el pan de la esperanza y el pan del amor. Es fácil captar la falta de esperanza, la ausen-

cia de la fe y la crisis del amor. Tres problemas que se expresan en violencias, en guerras, en salarios injustos, en situaciones de miseria y extrema pobreza. Estos problemas se evidencian con mayor fuerza en los hospitales, en las cárceles, en el hombre cesante, en quien no tiene casa donde vivir.

Fraternidad será tratar de entender estos problemas y sentirse solidario con quienes los sufren. Será compartir lo que se tiene; muchas veces será tal vez escuchar sabiendo la imposibilidad de encontrar soluciones verdaderas.

Fraternidad es tener un corazón solidario, capaz de amar y de darse. Es tener un corazón de hermano, fraternal, que respeta a sus semejantes.

Será buen orientador aquel que es fraternal, solidario y sigue la pedagogía de Jesús con el maestro de la ley (Lc. 10, 25-27).

Ser fiel a una vocación, teniendo una clara escala de valores, ayudará poderosamente al paso que viene, que es seguir a Jesús. No existe un orden cronológico porque nuestros procesos interiores suelen ser simultáneos y entremezclados; pero en estas reflexiones he tratado de presentar un orden lógico que pueda ayudar a un crecimiento armónico y profundo.

Me parece, según la experiencia de los años, y mirando nuestra realidad concreta, que esta escala de valores propuesta, entrega elementos de gran actualidad para nuestro tiempo. No se trata de descuidar otros valores como responsabilidad, lealtad, sinceridad, disciplina; pero nuestra actual realidad sociológica y cultural necesita insistir en esta escala de valores, si deseamos que las personas sean personas y no títeres, o juguetes mecánicos.

c) Elegir y seguir a Jesús

Ser persona, viviendo una escala de valores, es algo necesario e indispensable. Sin estos elementos habría una formación incompleta y débil.

Pero sucede que los cristianos nos explicamos en la persona de Jesús porque sólo en El está la "respuesta" de nuestras múltiples interrogantes. Siempre será Jesús quien dará el profundo sentido a la tarea de formación cristiana. Seguir a Jesús es la médula de la vida cristiana porque "sin El nada podemos" (Jn. 15, 5).

Ser cristianos es ser "testigos de Jesucristo", estar impregnados de los criterios de Jesús, de su mentalidad y de su ejemplo. Es cristiano aquel que ha descubierto alegremente la Buena Nueva que trae Jesús, camino, verdad y vida.

Si la persona de Jesús no es presentada en forma viva y explícita, se producirá necesariamente una deformación. La "inspiración cristiana aconfesional" siempre lleva a resultados de poca relevancia, y la experiencia indica que se termina en un cristianismo ambiguo, que no compromete para la vida.

La no explicitación en el seguimiento de Jesús forma posiblemente personas correctas, moralmente sanas; pero no llegará a formar "cristianos", que por definición, son discípulos de Jesús, Dios y Hombre verdadero.

Cristiano es aquel que escogió "el camino de Jesús". El Señor no es un punto más de referencia, sino el centro y eje que ilumina toda la vida. Una buena formación es "cristocéntrica", o sea, centrada explícitamente en El y su Evangelio.

Como sólo Jesús tiene palabras de vida eterna, la buena orientación se expresará en amor por la Pa-

labra de Dios, por la Eucaristía y por las diversas Presencias del Señor.

Seguir a Jesús significa haberlo encontrado como Amigo, como Luz. Será dar el paso de fe en su Divinidad reconociendo en El al Hijo de Dios Encarnado. Será aceptarlo como al único Maestro, en quien se reconoce total autoridad.

Es un paso de conversión hacia El porque se ha hecho confianza en su persona, con todas sus consecuencias, creyendo que El nunca va a defraudar.

Seguir a Jesús será impregnarse de sus sentimientos, tomar partido por la justicia y la libertad. Será trabajar, como Jesús, por la dignidad de todos los hombres, compartiendo la vida con los que sufren.

El seguimiento de Jesús significa tomar en serio el Sermón de la Montaña, resumen y programa de la vida cristiana.

Aún cuando esté implícitamente escrito, es necesario recalcar que seguir a Jesús significa una elección u opción previa, *es la opción o elección por Jesús*, por su Evangelio y sus consecuencias.

Al no haber una opción consciente, meditada y decidida, no se llegará jamás a un verdadero seguimiento de Jesús.

Se trata de una elección para toda la vida y no únicamente de momentos o circunstancias transitorias. Es una elección en la fe, por Jesús, por la cruz, por los valores que El presenta en el Evangelio.

Se trata de una opción por los criterios de Jesús. Significa creer en el valor de la pobreza, la misericordia, el perdón. Es aceptar que el mundo se salva por "los medios pobres" o sea por el amor, la cruz y la humildad, reconociendo que esos medios valen mucho más que el dinero, el poder y el orgullo.

Optar por Jesucristo por toda la vida, por El y por sus criterios, es algo fundamental.

Cuando esta opción no se ha hecho en forma madura y explícita, fácilmente se llega a lo que alguien llamara "las fidelidades sucesivas" en las cuales el dinero, el poder y el Evangelio se van sucediendo en una rotativa permanente que produce un tipo de cristianos que no merece ese nombre.

Jesús dijo claramente que "es imposible servir a dos señores" y "que no se puede servir a Dios y al dinero". Para superar esa posible ambigüedad habrá que hacer una elección clara por Jesús. Sólo partiendo de esa visión, el seguimiento de Jesús será una realidad irrevocable y definitiva.

Por todo esto el cristiano es aquel que escogió "el camino" de Jesús. Sólo al elegir el camino de Jesús se podrá entender "la opción por los pobres" ya que Jesús es el primero de los pobre de la Tierra.

d) En Comunidades de Iglesia

No es suficiente "seguir a Jesús" o creer y optar por El. Pablo VI ha recordado que "los que creen en Cristo se reúnen para buscar el Reino, vivirlo y construirlo" (E.N. 13).

Quienes optan por seguir a Jesús, recibieron el mandato de reunirse en su nombre y así formar la Iglesia, prolongación viva del mismo Jesús.

Fue lo que hicieron los primeros cristianos que "acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones. Toda la gente estaba asombrada ya que se multiplicaban los prodigios y milagros hechos por los Apóstoles. Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que

cada uno de ellos necesitaba. Acudían diariamente al Templo con mucho entusiasmo y con un mismo espíritu y 'compartían el pan' en sus casas, comiendo con alegría y sencillez. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo; y el Señor cada día integraba a la comunidad a los que habían de salvarse" (Hechos 2, 42-47).

Según el Concilio Vaticano II este es el texto "modelo" del Pueblo Santo de Dios. Allí se nos muestra la comunidad que escucha la palabra de Dios, comparte los bienes materiales y vive de la Eucaristía.

Así nacerán y crecerán las Comunidades Cristianas con la misión de evangelizar, o sea, penetrar el mundo, la cultura, y toda la vida humana con la luz y criterios de Jesús. Nunca podrá olvidarse que "la misión esencial de la Iglesia es la tarea de evangelización y que ésta, su vocación propia de Iglesia, constituye su identidad más profunda" (E.N. 14).

El seguimiento y la opción por Jesús crea necesariamente, si está bien entendido, la capacidad de vivir en comunidad, el polo opuesto al egoísmo individualista.

La misión evangelizadora y de liberación solamente es posible en una vivencia comunitaria que se traduce en el servicio a los otros, en la abnegación, en la oración en común. Las comunidades se forman al crearse mecanismos de participación y comunión, al estrechar lazos de amistad, al servir a quienes más lo necesitan.

Las Comunidades Cristianas no son sólo grupos de amigos, y deberán pasar de una etapa adolescente a una etapa de madurez en que la fe será el elemento principal, siendo Jesús el centro de sus integrantes. La comunidad madura estará al servicio del Reino

de Dios y alimentada por la Palabra y los Sacramentos. Será una comunidad receptiva, solidaria, misericordiosa; una comunidad abierta a los problemas de todos; abierta al Mundo y al servicio del hombre.

Vivir en comunidad significa, si se ha entendido y madurado, vivir en Iglesia. Será vivir en comunión con el Obispo y con las orientaciones del Santo Padre y del Episcopado.

Vivir en comunidad es mucho más que juntar testimonios de vidas personales o hacer celebraciones litúrgicas en el día Domingo. Es bastante más que construir una capilla o hacer algunas acciones de solidaridad o catequesis.

Es vivir intensamente el gran misterio de la Iglesia, prolongación actual de Jesús. Es amar la Iglesia, trabajar y sufrir por ella.

e) Al servicio del único Absoluto: el Reino de Dios

Pablo VI expresó en una carta sobre la Evangelización: "Solamente el Reino de Dios es Absoluto. Todo el resto es relativo".

Este pensamiento tiene extraordinaria importancia porque todo creyente, bien orientado, seguirá el camino cristiano en esta comunidad, la Iglesia, para llegar a lo único Absoluto: el Reino de Dios.

Así vivirá en consonancia con el Evangelio que nos recuerda que lo importante es "buscar el Reino de Dios y su justicia porque el resto llegará por añadidura" (Mt. 6, 33). Esta justicia del Reino de Dios es la base que propone Jesús, quien no se interesa por legitimar lo establecido y tampoco por la violencia revolucionaria. El Evangelio es mucho más radical, y la justicia del Reino lleva a una sociedad

y a un mundo nuevo totalmente diferente del actual. No se trata de la justicia sin misericordia y sin comprensión, y ayudará mucho meditar la carta de Juan Pablo II: "Rico en Misericordia", para ampliar y completar el concepto de justicia en todas sus dimensiones. El Papa Pablo VI pedía a los cristianos reunirse "para buscar el Reino, vivirlo y construirlo".

La Iglesia, comunidad de cristianos, no es el Reino; pero está en estrecha relación con El. Deberá convertirse permanentemente al Reino, del cual Jesús enseña tanto en el Evangelio.

Continuamente aparece la idea del Reino: "El Reino de los Cielos es semejante...", "algunos, por amor al Reino, vivirán en castidad...", "anuncien que el Reino de Dios está cerca...".

Jesucristo, Iglesia y Reino, constituyen una totalidad intrínsecamente entrelazada que afecta a todo cristiano en forma inseparable y profunda.

La Iglesia es germen o semilla del Reino, medio para llegar a él. Su misión es "Anunciar el Reino a otras ciudades". Esta es la misión de la Iglesia, de las comunidades y de todo aquel que ha optado por seguir a Jesús.

En esta trilogía inseparable se desarrolla toda la vida cristiana. Bien entendida, logra una buena relación de la Iglesia con el Mundo, evitando una posible esquizofrenia entre ambas realidades. No vive para sí misma, o sea, no es "esclesiocéntrica".

He presentado la meta del cristiano. El trabajo de formación siempre estará en la docilidad al Espíritu Santo, viviendo estos valores. Será darles cohesión y unidad en forma progresiva y armoniosa.

Así será posible pensar en "personas cristianas que eligen seguir a Jesús, único Maestro, en comunidades de Iglesia y al servicio del Reino de Dios".

II. CRITERIOS BASICOS GENERALES DE FORMACION

a) El corazón de discípulo

Para seguir a Jesús habrá que pedir la gracia de tener un corazón abierto al Evangelio, porque "si no somos como los niños" no entraremos en el Reino de Dios, en el Espíritu de las Bienaventuranzas, en esa actitud humilde y sencilla que se contrapone a la actitud farisaica u orgullosa de quien sabe todo y nada tiene que aprender.

No bastará ser cristiano de Iglesia. Es necesario ser discípulo para ayudar a la Iglesia a vivir mejor su Misión. La tarea de Iglesia no consiste sólo en hacer cristianos de creencias firmes y de moral intachable; su tarea es que los cristianos sean discípulos.

En el Evangelio siempre aparece la idea del seguimiento. Así dice que los primeros discípulos "dejaron las barcas, al padre y lo siguieron"; al joven rico se le dijo: "déjalo todo, vende lo que tienes, dalo a los pobres, renuncia a ti mismo y ven y sígueme".

Una formación intelectual, o autodidacta, que no lleve consigo cómo ayudar a adquirir un corazón humilde de discípulo, será una formación equivocada.

El ser discípulo es una actitud fundamental para un cristiano y sólo siguiendo a Jesús en esa actitud, se aprenderán los grandes valores de respeto a las personas, de dignidad y madurez. Sólo en El se encontrará la verdadera libertad.

Se trata de una orientación de importancia vital, que, al ser menospreciada, produce graves y dañinas consecuencias. Es una orientación para toda la vida y siempre seremos discípulos. El título de Maestro sólo lo tiene Jesús, El Unico Maestro. "No se dejen llamar maestros, porque un solo Maestro tienen ustedes, y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23, 8).

No se trata de formar personas que no piensen o sin ideas propias, carentes de personalidad. Es todo lo contrario, ya que para ser un verdadero discípulo se necesita lucidez, creatividad e imaginación. Es aplicar las enseñanzas de Jesús a una época diferente a la época en la cual El vivió. Es traslucir, interpretar y vivir con originalidad lo que El enseñó; pero vivirlo en un mundo técnico, consumista y materializado. Esta tarea requiere mucha personalidad y sólo un discípulo de corazón podrá vivir esta perspectiva.

Es hermoso lo que escribe un autor español: "Cuando el creyente ha sido alcanzado en su camino y, seducido, decide seguir la senda del Evangelio, no discute. Escucha y acoge. Aun en su debilidad y en su pecado, caminará por ese insaciable anhelo por el 'día del Señor'".

Cuando se ha entrado y se ha consentido de verdad a ese propósito, 'ha nacido el discípulo' que seguirá a Jesús 'adondequiera que vaya'".

Esta condición de "discípulo" no es un momento transitorio, mientras dura el aprendizaje, es una situación de vida y de por vida. De esta situación se nutre y en referencia a ella camina.

"Mi Señor me ha dado lengua de discípulo para saber decir al abatido una palabra de aliento. El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me eché

atrás. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como un iniciado" (Is. 50, 1-4).

Este es su retrato. Por eso podrá decir "Mi Señor" como los primeros cristianos. Es el sello que ha marcado su corazón. Es la experiencia del señorío que logra una persona que ha conseguido entrar y atraer el espacio afectivo del hombre. Es, a la vez, la obra de la palabra y el logro laborioso del Espíritu. Es la descripción de la historia de gracia realizada en el corazón por el Espíritu Santo.

El discípulo es el hombre en vigilia y en vigilancia, "ceñida la cintura y encendidas las lámparas, aguardando a que su Señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame" (Lc. 12, 35).

No puede otra cosa. Cada mañana, pasando los años y los años, espabila el oído y se deja espabilar el oído, para escuchar como un aprendiz. El discípulo, más que el hombre de la palabra y de la respuesta, lo es del silencio y de la escucha. De Jesús, como el Señor. Del hermano, de cada uno de los hermanos, que en cierta medida, son siempre para él también sus maestros.

Esta es la palabra de Dios, viva y eficaz, que pudo hacer de nosotros un grupo de discípulos. Discípulos "para", pero, sobre todo, discípulos "de". "Discípulos de Jesús".

b) En comunión con la Iglesia y para la vida

Una formación, para ser auténticamente católica, necesita vibrar con las orientaciones de la Iglesia concreta en la cual se vive.

Hoy día será estar en comunión con la Iglesia orientada por Juan Pablo II, por los criterios del Vaticano II, por Medellín, por Puebla.

Los Obispos chilenos están proyectando planes para vivir estas orientaciones y han fijado como objetivo pastoral para los próximos años "anunciar, en este momento de nuestra historia, la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el Hombre, formando personas que, con renovado espíritu misionero, promuevan la liberación integral del pueblo chileno, asumiendo su cultura, para su participación en la construcción de la civilización del amor en vista a la comunión entre los hombres y con Dios".

En la Diócesis de Talca se ha propuesto, en 1980, como meta central "anunciar a todos la Buena Nueva para promover la conversión y así entrar en el seguimiento de Jesucristo, como Hijo del Padre, constructor de hermandad y liberador del Hombre".

Ser cristiano de Iglesia, "sentir con la Iglesia", y estar en comunión con el Obispo, son elementos que no pueden estar ausentes en una formación cristiana. La comunión con la Iglesia Católica y con sus Obispos es fundamental, y quien no lo entienda o viva en otro espíritu, no pertenece a la Iglesia Católica.

Para estar en comunión con la Iglesia Católica hoy día habrá que tratar de entender y vivir la idea del "Pueblo de Dios" del Concilio Vaticano II; las "Comunidades Cristianas"; "la opción por los pobres", etc...

Esta comunión con la Iglesia se proyectará a la vida, o será una formación "aséptica" o desencarnada. El cristiano no es un ángel o un ser deshumanizado. Es alguien que comparte los problemas de

todos y sufre con todos. También se alegra con lo bueno y santo que nos rodea.

El cristiano es hombre de su tiempo, conoce y sufre los problemas y trata de iluminarlos con la luz de Cristo. No ignora o desprecia la Historia, porque trata de leerla con la Palabra de Dios. No podrá ser "espiritual" en el mal sentido de la palabra. Deberá ser plenamente humano e insertado en lo concreto de la vida con toda su complejidad actual.

c) Una formación integral y unificada, permanente y progresiva

El ser cristiano significa trabajar por llegar a la disponibilidad profunda en el cumplimiento de la voluntad de Dios, movido siempre por la gracia del Espíritu Santo.

Fácilmente se produce una desorientación al no haber unidad interior en el trabajo de formación, ya que muchos cristianos colocan la santidad en adquirir un conjunto de virtudes. Así creen que se trata de trabajar en la fe, la esperanza y el amor, o sea en las virtudes teologales; después ven necesario trabajar en la prudencia, en la justicia, en la verdad...

El error de este trabajo es carecer de unidad interior porque no está claramente dibujada una finalidad, aun cuando conceptualmente se le pretende dar unidad en el Amor de Dios.

En esta orientación se hacen esfuerzos por valores aislados; pero al no haber cohesión o unidad interior, se suele terminar en una respuesta fácil para salir del paso sin entregar respuestas verdaderas.

Esta formación a base de recetas o respuestas "clásicas" aparentemente sirve porque es "útil"; pero no forma en profundidad porque no entrega ninguna estructura o esqueleto básico a las personas. Todo se viene abajo en los momentos de crisis porque no había cohesión verdadera.

Al analizar los resultados se verá necesario rectificar rumbos para preocuparse de una formación de personalidades religiosas, unificadas por dentro, con algunas líneas y fundamentos definitivos.

En la vida de los santos es fácil percibir cómo lograron encontrar esa unidad determinante. Por la gracia de Dios, y por una respuesta generosa, se entiende a Santa Teresita de Jesús en "el camino de la infancia espiritual" y cómo una niña frágil y temerosa abandona su vida en las manos del Señor.

Así se entiende a un Santo Cura de Ars unificado en "la cruz por amor" o a un san Francisco de Asís que vive "a Jesús en la pobreza". Los santos nos muestran cómo encontraron un ideal de vida en el cual unificaron su personalidad y su fidelidad al Señor.

Atravesaron desiertos y obscuridades hasta encontrar una personalidad religiosa coherente, en una fidelidad heroica a la gracia de Dios que nunca faltará a quien tiene buena voluntad.

Siempre será Jesús el gran unificador de la formación cristiana, ya que El es "El Salvador". La verdadera formación nunca será sumar virtudes, sino unificar la persona en torno al ideal que Dios quiere para cada uno de sus hijos. Habrá a corto plazo pocas expresiones de virtud; pero finalmente habrá personas que encontraron a Jesús y lo siguieron para hacer la Voluntad de Dios; eso sí que es fundamental.

La formación integral y unificada necesita la perseverancia y la progresividad.

Sin perseverancia una formación no será capaz de atravesar las primeras dificultades, y los buenos propósitos se derrumbarán, no quedando sino ruinas. Con razón Jesús dice "que los frutos se alcanzan mediante la paciencia".

Una recta orientación requiere un crecimiento progresivo ya que la formación nunca termina. Siempre será caminar y crecer hasta el encuentro definitivo con Jesús.

Una formación fija, cerrada, y sin horizontes lleva fácilmente al perfeccionismo farisaico. Siempre es posible avanzar y crecer.

d) El respeto a la acción del Espíritu Santo

El gran formador y la gran fuerza en la formación será siempre el Espíritu Santo, su gracia y sus inspiraciones. Por esa razón san Pablo nos recordaba que "son hijos de Dios los que son guiados por el Espíritu Santo" y su gran preocupación era que los cristianos "no apagaran" o "afligieran" al Espíritu.

La acción del Espíritu es misteriosa porque, al igual que el viento, "sopla donde quiere", como decía Jesús a Nicodemo.

La verdadera formación será aprender a oír la voz del Espíritu y eso sólo será posible al educarse en el sentido de la oración, en la disponibilidad, en la buena voluntad para escuchar la voz de Dios.

Cuidado con los que creen tener vocación de choferes del Espíritu Santo o con los personalistas que

crean caudillismos y forman discípulos de sus ideas, en lugar de orientar hacia Jesús, el Único Maestro, y hacia la docilidad a la voz del Espíritu.

Siempre tendrá que resonar en nuestros oídos la palabra de Juan Bautista: "conviene que El crezca y que yo disminuya". Es una palabra importante para quienes nos preocupa colaborar en la formación, sea de personas o comunidades.

"Existe entre ustedes uno al cual no soy digno de desatar la correa de las sandalias" decía Juan el Bautista, el Precursor, y en esa humildad profunda, está la única actitud verdadera.

Somos instrumentos para que las personas escuchan la voz del Espíritu Santo y los criterios de Jesús. Se nos pide "ser caminos que se utilizan y se olvidan".

Así se marcará ciertamente eso que se puede llamar *el estilo* en un trabajo de formación. Al tratar de ser dóciles al Espíritu, se entra necesariamente en un estilo respetuoso de las personas y de sus caminos. No será una formación posesiva o dominante, ya que eso sería ir contra el estilo del Espíritu Santo. No será una colaboración impositiva, sino más bien, el trabajo será invitar a descubrir caminos o perspectivas para hacer posible oír la voz del Espíritu que no se escucha en el trueno o en el relámpago sino, como dice la Biblia, "en la suave brisa de la tarde". Sólo en este estilo se podrá desarrollar la creatividad y el crecimiento de personas libres, dignas y maduras.

Estos criterios generales se irán clarificando y precisando en la medida que penetremos con seriedad en una tarea de formación de personas y comunidades. Tal vez es fácil entenderlos teóricamente; pero solamente al vivirlos, con una gran do-

ilidad al Espíritu Santo, se irán transformando en vida y en consecuencias pastorales.

En estos criterios siempre estará subyacente LA CONVERSION DEL CORAZON que es conveniente explicitar porque suele suceder que personas de activa vida en la Iglesia nunca se han convertido a Dios.

Son materialistas o paganos de corazón, con una envoltura cristiana. Pueden ser personas observantes de fe; pero la fe, y sobre todo Jesucristo, nunca han penetrado en sus vidas.

La conversión del corazón no es producto sólo de decisiones intelectuales o de actos de voluntad. Es problema de respuesta a la misteriosa gracia de Dios.

Llega un momento en que la conversión se impone, y se realiza el encuentro vital con Dios; pero no es algo que pueda programarse.

Aspecto crucial porque sin conversión del corazón no hay vida cristiana. Lo trágico es que pueden pasar años sin llegar a esta conversión, que habrá que pedir siempre con humildad y perseverancia.

III. TRES TEMAS NEURALGICOS EN LA FORMACION DE PERSONAS

Las grandes dificultades que aparecen en la formación de personas se encontrarán en los tres grandes problemas que afectan a los hombres y a las comunidades. Siempre llegaremos a valorar que es difícil buscar y encontrar a Dios. Y el primer problema está en recorrer *el camino de la oración*.

Enseguida surge la complejidad de las relaciones humanas: amor al hermano, el perdón al enemigo y el servicio desinteresado; la lucha por la justicia y la verdad. Será recorrer *el camino de la amistad*.

Siempre nos encontramos con el sufrimiento, la incomprensión. Llegarán las enfermedades, las tristezas y el fracaso. Será recorrer *el camino de la cruz*.

¿Cómo ayudar a recorrer estos tres caminos que significan procesos interiores, a veces dolorosos y difíciles?

¿Cómo educar en la oración, en el amor, en la renuncia a nosotros mismos?

Se trata de tres problemas decisivos que afectan vitalmente a las personas, en las cuales una mala orientación trae graves consecuencias de distorsión y de angustias.

Trataré de entregar elementos para una respuesta coherente siempre en la perspectiva de la meta final; ayudar a quienes lo desean a ser personas

cristianas, que siguen a Jesús, el único Maestro, capaces de vivir en comunidades de Iglesia, sirviendo al Reino de Dios.

a) El camino de la oración

Orar es "pensar en Dios con amor", y para llegar a vivir esta definición, en una forma real, habrá que recorrer un largo camino en el cual conviene tener presente los siguientes elementos fundamentales:

Descubrir el verdadero rostro de Dios

Nada marca tanto nuestra vida como la idea o concepción que tenemos de Dios, y gran parte de los errores humanos se derivan de un rostro desfigurado de Dios.

Millones de personas tienen ideas confusas y vagas sobre el rostro de Dios y terminan sin preocuparse de El porque lo han entendido como a alguien abstracto, lejano, o tal vez como a un gran egoísta solitario. Muchos viven en el temor permanente al Dios vengativo y rencoroso, que puede aplastarnos en cualquier momento por algún capricho. Toda esta deformación suele crearse por la mala orientación de quienes han entregado frases deformadoras y falsas: "Dios lo puede castigar"; "si hace tal cosa Dios se va a enojar".

Por esta razón, el primer paso en el camino de la oración será entender que "Dios es amor", como lo definió el Evangelista san Juan; será descubrir

que el rostro de Dios es el rostro de un Padre que, por amor, envió a su Hijo Jesús a morir para salvarnos.

Es un descubrimiento lento, progresivo, y difícil porque significa arrojar muchos prejuicios y temores de una educación religiosa mal orientada.

Es descubrir a Jesús que nos llevará al Padre. Es encontrar al Espíritu Santo que orienta y anima toda la vida de oración.

Es descubrir a un Dios personal en un encuentro de amistad, en un amor desinteresado y limpio. Entonces será posible pasar de una oración de petición a una acción de gracias y a la adoración, pasos fundamentales en el camino de la oración. Al llegar a ese descubrimiento, la oración se desliga del miedo y del interés, para transformarse en amor.

Profundizar la oración de Jesús es nuestra oración

"Pensar en Dios con amor" es una buena definición de oración; pero la realidad de Jesús, que culmina con el gran acontecimiento de la Resurrección, ha introducido en nuestras vidas lo que se llama "la oración cristiana".

Nuestra oración de cristianos es *la prolongación de la oración de Jesucristo, al Padre, movidos por el Espíritu.*

Es Jesús quien reza por nosotros y todo va orientado hacia el Padre, gracias a la acción misteriosa del Espíritu. Por esa razón el Concilio Vaticano II ha expresado que la oración es "Comunicación con el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo".

Nuestra oración es prolongación de la oración de Jesús, y es importante profundizar lo que constituye la naturaleza y el fondo de esa oración.

Una clarificación previa: no está en el esquema cristiano dirigirse a Dios de potencia a potencia, al estilo del fariseo que se creía bueno y despreciaba a los "pecadores" (Lc. 18, 9-14). Tampoco será sano buscar a Dios como Creador o Constructor de la tierra y de la humanidad. El sabio y el científico debe hacerlo en esa calidad; pero como cristiano tendrá que entrar en una actitud diferente.

El cristiano, como Jesús, se dirige a Dios como un hijo hacia su Padre. Por esa razón, la única oración que enseñó Jesús fue la del Padrenuestro (Lc. 11, 1ss.).

Al meditar en la oración de Jesús vemos en El a un hijo que desea agradar a su Padre ya que el gran anhelo de su vida es hacer la Voluntad Divina. Para Jesús oración es vida y vida es oración. Entendemos cómo la oración lo lleva al compromiso y hasta dar la vida por sus amigos. La oración lo lleva a luchar por la verdad y por la justicia. Por fidelidad, El está cerca de los pobres, de los que sufren, de los marginados de la sociedad, como eran los leprosos y las prostitutas.

En la oración de Jesús está nuestro modelo de oración y al conocerlo a El en su vida interior más profunda, podremos dar pasos importantes en nuestro camino de oración.

Meditando en la oración de Jesús se encuentran diversas expresiones de oración: aparece la *oración de asombro* por las maravillas que hace el Padre al revelar lo más importante a los humildes; la *oración de vigilia* que El hace al escoger a los apóstoles y en el huerto de Getsemaní. Siempre antes de decisiones importantes Jesús entra en oración prolongada de vigilia. "Pasó la noche en oración", nos dice el Evangelio; la *oración apostólica* que El hace por

sus discípulos en su oración sacerdotal, es la oración del Pastor que quiere y conoce a los suyos y ruega por ellos. Y toda desemboca en la *oración de compromiso* que lo lleva a dar la vida por la humanidad.

Nuestra oración, si queremos ser fieles a Jesús, pasará por estos momentos y siempre terminará en el compromiso concreto con los problemas reales. De otro modo sería un calmante, una droga y eso no es oración sino evasión; algo totalmente diferente a la oración de Jesús.

Las acciones de Jesús son de una gran profundidad y lo nuestro siempre aparecerá débil e inconsistente al meditar en la oración del Señor.

Crecer en la presencia de Dios en nuestros corazones

Los santos son aquellos cristianos que descubrieron que en el fondo de su corazón estaba "el centro de la vida espiritual". Los santos son quienes descubrieron que estaban habitados por la gracia y que eran templos de Dios. Por esa razón podían decir con propiedad: "Yo soy una Presencia de Dios".

La Virgen María fue invadida por esta presencia misteriosa de Dios y es plena de gracia y bienaventurada entre todas las mujeres.

Esta presencia es luz y san Pablo escribe: "ustedes eran tinieblas, ahora son luz en el Señor. Sean hijos de la luz" (Ef. 5, 8).

Crecer en esta realidad será actualizar y creer lo que dice el Evangelio de san Juan: "si alguno me ama, guardará mis palabras, mi Padre lo amará y vendremos a él para hacer morada en él" (Jn. 14, 23).

El crecimiento en la oración será ir creando mayor conciencia de ser habitado e iluminado por esta presencia y luz de Dios, que llega hasta las zonas más profundas de nuestra personalidad.

Un santo ha escrito que "la gracia de las Gracias es saber y entender que somos habitados por esta Presencia de Dios".

Por esta razón se puede decir que el trabajar en el ejercicio de la Presencia de Dios en nosotros es el comienzo y el final de la vida interior.

Habrán grados de conciencia sobre esta realidad. El camino creciente de la oración será lograr que esta Presencia nos invada y que no huyamos de su acción transformadora. O nos dejamos invadir por El o somos fugitivos de su amor. Ese es nuestro dilema.

Creer en este camino presupone receptividad, tiempos de silencio, de paz y de espera. Trabajo permanente y, sobre todo, acción de Dios que da conciencia de su Presencia a quien El quiere. No se trata de méritos de nuestra parte, sino más bien es un regalo de su gracia. Al crecer en este camino se penetra profundamente en la oración mental, en la contemplación sin palabras, quedando la oración vocal en una dimensión más restringida.

Esta Presencia interior que nos habita, nos lleva a valorar el *silencio interior* sin el cual no habrá profundidad de oración.

Creer en el amor y vivencia de la Liturgia

Se cuenta que estaban dos personas rezando los salmos del breviario en una capilla y sobrevino un temblor fuerte que parecía terremoto y uno de ellos dijo: "Parece mejor que ahora vayamos a rezar...".

Esta pequeña anécdota muestra un problema bastante generalizado. En muchos cristianos se produce una separación entre la oración personal y la oración de la Iglesia que se reza en comunidad, ya sea en la Liturgia de la Misa y los sacramentos, ya sea en las Liturgias dominicales sin sacerdote.

En el camino de la oración es necesario integrar la oración personal con la Liturgia en sus diversas expresiones.

La Eucaristía es centro y corazón de la Iglesia. Los sacramentos celebran la vida y los grandes acontecimientos de los hombres. Todo se expresa a través de signos que llevan con ellos la gran realidad de Jesús presente en la vida, centrado todo en la Pascua, Muerte y Resurrección del Señor.

La Liturgia es la vida personal y comunitaria que se entrega a través de signos y gestos litúrgicos al Padre, en Cristo, unidos e impulsados por el Espíritu Santo. Es un gran diálogo comunitario y personal entre Dios y el hombre. Se trata del hombre actual con sus esperanzas y frustraciones, del hombre que busca caminos de libertad y de dignidad. Y con el Dios revelado por Jesús que orienta e ilumina, apoya y consuela. Este gran diálogo se realiza a través de un lenguaje constituido por los signos litúrgicos.

Son los signos en los cuales Dios habla al hombre y eso es mucho más que un conjunto de ritos y ceremonias.

El drama se produce cuando los signos no hablan al hombre de hoy. Siempre será necesario buscar y encontrar signos que interpreten al hombre y le permitan llegar a Dios.

Se trata de obtener que "la Liturgia sea la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia (S.C.

10), pero como dice el Concilio, "para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y conversión".

La catequesis y la evangelización, previa o simultánea, son necesarias para hacer de la Liturgia una expresión real de la vida.

Se da con frecuencia una tensión entre la oración personal y la oración comunitaria. Habrá que ir reajustando valores para llegar a un equilibrio sano que facilite caminos de oración en forma complementaria.

Estas reflexiones sobre el camino de la oración han tratado de expresar los puntos más cruciales y conflictivos del proceso de oración. Siempre será necesario insistir en la relación oración y vida o sea en las proyecciones concretas de lo que significa "pensar en Dios con amor". Estas páginas no quieren ser un manual o un tratado. Sólo aspiran a ayudar a quien busca respuestas a sus interrogantes.

b) El camino del amor y de la amistad

Amar es el gran mandamiento que Jesús dejó a sus discípulos y El nos dio el ejemplo. San Pablo recuerda que si no hay amor todo lo demás no sirve de nada. "Al atardecer de la vida seremos juzgados por el amor" decía san Juan de la Cruz, y el fracaso de la vida habrá sido la incapacidad de dar y recibir amor. No podemos olvidar que nuestra vocación cristiana es amar con Jesús y como Jesús.

Los pasos en el camino del Amor

Para dar pasos en el camino del Amor será necesario, en primer lugar, abrir las puertas del corazón y estar dispuesto a ser molestado a cualquier hora del día o de la noche. También se requiere no sólo abrir la puerta en todo momento, sino saber ser acogedores y amables. El último paso del amor es salir de uno mismo y tender la mano a quien lo necesite.

Son los pasos humildes del camino del amor; pero son tantos los hombres y las mujeres prisioneros en sus mundos, ensimismados, solitarios y amargados porque no han iniciado el camino del amor. Son tantas las personas que no pueden amar, porque tienen el corazón y las puertas de sus casas con enormes cerrojos, que nadie sino ellos pueden quitar, porque son cerrojos colocados por dentro.

Los pasos del amor tienen una gran coherencia y continuidad. Se requiere llegar hasta el final y abrir las puertas del corazón, siempre y a todos. A la hora del mediodía, al atardecer y a la hora inoportuna de la medianoche. Abrir la puerta en el invierno y en el verano. Ser abiertos y acogedores con el simpático y con el otro.

¡Qué fácil es rechazar a una persona y se dan tantas maneras de hacerlo! Existen los rechazos expresados y los rechazos de silencio, de la palabra o de la sonrisa que no se sabe dar. Un rechazo "diplomático" en el mal sentido de la palabra, una indiferencia, suelen ser más duros que un golpe de la puerta que se cierra o que una palabra violenta.

El paso decisivo será siempre salir de nosotros mismos, el abrirnos a la vida para compartirla con los otros. Para dar este paso es necesario romper

prejuicios, temores y desconfianzas. Significa creer en las personas y sólo entonces, será posible amarlos con el corazón de Cristo.

Ayudará a dar el paso final, meditar los consejos de san Vicente a las primeras religiosas de la Caridad: "La calle será larga y hostil, las escaleras sucias y los pobres a veces ingratos. Verás pronto que la caridad es pesada para llevarla, más que el plato de sopa y la panera llena. Pero tú guardarás tu dulzura y tu sonrisa. No es todo dar el alimento y el pan. Esto lo pueden hacer los ricos y poderosos. Tú eres la pequeña sirviente de los pobres, la hija de la caridad, siempre sonriente y de buen humor. Los pobres son tus maestros. Serán maestros terribles, ya lo verás... Mientras más sucios y feos, serán más injustos y más groseros y más deberás darles de tu amor. No es sino por el amor, por sólo el amor, que los pobres te perdonarán el pan que tu les darás".

Progreso y purificación en el amor

El paso del amor que logra salir de sí mismo y abrir la puerta del corazón, para compartir la vida con los otros, presupone una purificación en el amor. Es la purificación necesaria para llegar a la madurez en el amor.

Para entender esta purificación del amor ayudará a reflexionar en las relaciones humanas, que suelen teñirse, en forma matizada y no absoluta, por el interés o por el amor.

Las relaciones humanas interesadas son las que sostiene la persona egoísta, preocupada de sí misma y que mira a los otros como cosas y no como personas. Es la relación de aquel que da para que le den

y nunca estará contento y pedirá siempre más. Es la relación de aquel que tiene la vida comercializada y sólo piensa en sí mismo y que no se preocupa de los otros. Es aquel que será partidario del amor libre, del matrimonio a prueba. Es el hombre pagado de sí mismo, es la mujer que vive buscando admiradores. Es la persona que siempre se pregunta: ¿Qué provecho puedo obtener?

A la inversa, las relaciones humanas de amor tienen características muy diferentes. Son las relaciones humanas de quienes son capaces de mirar a los otros como seres humanos, únicos en su especie. No pretenden utilizar a nadie, porque entienden que las personas son dignas de ser amadas sólo por el hecho de ser personas creadas a imagen y semejanza de Dios.

Son relaciones humanas que ^{no} tienden a poseer las personas y son marcadas más por la admiración que por la necesidad. Las relaciones humanas de amor, no crean ansiedades, porque no son de competencia. Consisten en un preocuparse por los otros, es un hacer crecer, es aceptar al otro como es y saber ayudar a cada persona a aceptarse en su verdad total.

Se trata de relaciones humanas serenas, cordiales y apacibles, que buscan soluciones realistas a los problemas. En estas relaciones de amor no se cumple ese falso refrán de que "el amor es ciego", porque el amor verdadero es un amor que ve los defectos, las limitaciones, y que sabe amar, porque ha entendido que los otros lo necesitan.

Ese es el amor maduro; es el amor de los santos, el amor de la Virgen María, que nada tiene que ver con el amor dominador o posesivo de los egoístas.

Pasar del interés mezquino que sólo piensa en sí mismo al amor verdadero, significa pasar de la adolescencia a la madurez. Significa pasar de una actitud de captación para uno mismo, a una actitud de oblación y olvido de sí mismo, al servicio de los otros.

El amor maduro lo ha adquirido aquel que vive con el prójimo, es el que convive y ha dejado de vivir delante del prójimo representando una comedia para impresionar bien.

Llegar a la madurez del amor significa un proceso, a veces muy doloroso, de crecimiento y purificación, tanto en el plano psicológico como en el plano religioso.

El amor maduro se produce al llegar a la real aceptación de uno mismo, al aceptarse con sus defectos personales, tratando de superarlos; pero ya sin vivir comparándose con otras personas, al superar o borrar la envidia que suele producirse por las cualidades ajenas.

La madurez psicológica en el amor es un problema de vital importancia; pero no es todo. Se necesita igualmente esta madurez en el plano religioso. Es necesario madurar en forma armoniosa y simultánea en ambos planos. La psicología y la fe no se contraponen, más aún, se complementan.

Para los cristianos el amor significa "revestirse de los sentimientos y de la conducta de Jesucristo" (Filipenses 2, 5) y aprender a amar con el corazón de Cristo.

En los pasajes del buen samaritano, de la mujer adúltera y del hijo derrochador, aparecen rasgos importantes del amor de Cristo. En esos pasajes aparece un progreso en el amor que se va realizando, desde un dar una ayuda material al herido del

camino, hasta entregar un perdón que dignifica al hijo pecador. En esos pasajes se nos muestra la persona de Jesús que trata a todos como si fueran únicos y diferentes en los otros. Aparece Jesús en un amor que no crea ansiedades o competencias. Se nos muestra Jesús en un amor maduro que hará decir a san Pablo: "Cristo me amó y se entregó por mí" (Ef. 5, 25). Este pensamiento del apóstol Pablo lo podemos decir con alegría y seguridad todos y cada uno de los hombres del mundo.

Los que han llegado a la madurez, saben llegar al don total, al don de la vida, al don de lo que se es. Los otros se quedan en las etapas anteriores "cuidando, o mejorando su imagen" y viven, tal vez, sin entender jamás lo que es el amor. Viven con mecanismos de defensa, conscientes o inconscientes, en un amor que se vuelve hacia sí mismo y que, en el fondo, suele ser un egoísmo disfrazado de amor.

El amor maduro es donación de nosotros mismos y es comprensión de los otros. Significa colocarse en el lugar del otro y mirar la vida con los ojos y las perspectivas de quienes nos rodean. "Es hacerse todo, para todos, para ganarlos a todos" por amor (1 Cor. 9, 22).

La gratuidad en el amor

San Marcos muestra la historia de una mujer, que derramó a los pies de Cristo un frasco fino de perfumes. Suscitó la molestia de Judas que quería vender el perfume "para darlo a los pobres" y despertó el asombro de los fariseos que no entendieron el gesto de amor.

El Evangelio nos ha dejado la frase del Señor: "les aseguro que en cualquier parte del mundo, don-

de se anuncie el Evangelio, se recordará en su honor lo que Ella ha hecho" (Mc. 14, 9).

Esta actitud evangélica indica lo que puede significar la gratuidad del Amor. La mujer tuvo un gesto de amor sin cálculo y sin premeditación. La actitud de Judas muestra la reacción de un amor mediocre. "¿Para qué botar tanto dinero?" Es la reacción del amor inmaduro, que no ha alcanzado la plenitud en una gratuidad que no se mide y que sólo se da.

La gran mayoría de los hombres de nuestros tiempos piensan como Judas, como los fariseos y muy pocos comprenderán a la mujer del frasco de perfume. Somos tan "prácticos" y tenemos demasiado desarrollado el sentido de la "eficacia". Por eso cuesta mucho entender el amor en su plenitud.

Nuestra sociedad cristiana carece del sentido de la adoración, de la contemplación, porque no ha descubierto esta dimensión gratuita del amor.

Nuestras relaciones familiares y sociales suelen ser poco verdaderas, porque se ha disminuido el sentido del amor. No se pierde tiempo en oír, en escuchar a los otros. Hemos perdido la capacidad de diálogo, porque se ha debilitado el amor.

Las personas suelen estar encasilladas en personas "importantes" o "valiosas", que tienen influencia y en personas "corrientes", que tienen en poco que decir, porque son del montón. Los "importantes" son escuchados o se hacen escuchar; pero los "corrientes" no tienen ninguna posibilidad de hacerse oír.

Queda poco lugar y poco tiempo para los analfabetos, para los pobres, para los ancianos y es notable ver la diferencia con los criterios de Cristo que escucha y atiende a todos: al niño, al anciano,

a la mujer enferma, al importante y al que no lo es. Y todo, porque en el corazón de Cristo está la plenitud del amor.

"Si el grano de trigo no muere no dará frutos"

Jesucristo nos amó hasta el final y hasta las últimas consecuencias. Fue El, el grano de trigo que murió en la cruz para dar la vida por amor.

~~El camino del amor lleva al martirio, y la histo-~~
El camino del amor lleva a consecuencias que afectan y comprometen toda la vida, o sería estar en una terrible ilusión. El amor lleva al riesgo, al compromiso por la justicia, y significa morir por la verdad.

El camino del amor lleva al martirio y la historia de la Iglesia es elocuente y reiterativa. San Esteban muere por ser testigo de Jesucristo; san Sebastián, el militar, es martirizado por amar más la verdad que el prestigio. Santo Tomás Becquet muere por su lealtad a Dios antes que a los hombres. En nuestros días, el Arzobispo Romero muere en Centroamérica por defender a los pobres y a los que sufren.

Entre nosotros es fácil encontrar a la madre de familia que se agota diariamente por mantener una casa con un presupuesto escaso; al abogado defensor de los pobres, que pierde su lugar entre las personas de su ambiente por servir a quienes más lo necesitan, etc.

El amor suele llevar a la incomprensión, al olvido y al desprecio de quienes piensan de otra manera. Es compromiso con la justicia y la verdad, o es un hermoso sueño.

El amor llevará a una real "opción por los pobres" como lo ha planteado la Iglesia en Puebla.

Significará vivir y morir en el servicio, en la disponibilidad. Será saber acoger, entender y perdonar.

Es un camino sin límites porque siempre será posible amar más y comprometerse más en el servicio de los hermanos. Siempre tendrá dos grandes contenidos, a veces olvidados, que se llaman el perdón y la ~~humanidad~~ *humildad*.

El amar es un problema medular, porque este es *El Precepto del Señor* y en el amor está la plenitud de la ley.

c) El camino de la cruz

El pecado trajo como consecuencia la muerte, de la cual se derivan las enfermedades, la violencia, el odio y todo lo que se encierra en la palabra sufrimiento.

El pecado y la muerte constituyen realidades de la vida cotidiana, que finalizan en la muerte corporal, que, tarde o temprano, llega a todos los hombres.

Existe una segunda realidad: Cristo Crucificado y Resucitado. El murió en la cruz por amor y así redimió a la Humanidad del pecado. Su muerte y Resurrección constituyen la contrapartida al misterio del pecado. El recordó que "era necesario que el Cristo padeciera para entrar en su gloria" (Lc. 24, 26). También profetizó que "cuando fuera levantado en alto todo lo atraería hacia El" (Jn. 12, 32).

En la Resurrección de Jesús está prefigurada nuestra propia resurrección y san Pablo es tajante al escribir que "si Jesucristo no ha resucitado es inútil nuestra fe y nuestra esperanza".

Recorrer el camino de la cruz es entrar en esta problemática del sufrimiento con los ojos colocados en Jesús, en su vida de abnegación, en su Cruz y su Resurrección. Es entender que la Iglesia y todos los seguidores de Jesús están marcados por la cruz. Es la Iglesia pascual en su itinerario que lleva al Reino de Dios.

Aceptar y asumir nuestras cruces

La vida es invitación a un ver, al cual sigue un aceptar para terminar en un ofrecer.

El primer paso en el camino de la cruz es ver y aceptar la realidad del sufrimiento en la vida de cada uno de nosotros. No se trata de la resignación o el fatalismo; pero sí es aceptar que nuestras vidas están marcadas por la cruz, realidad de la cual no es posible escapar. La cruz se traduce en una salud débil, en un temperamento frágilmente nervioso; será una limitación física o la carencia de algo necesario que no podemos obtener.

Diversidad de cruces llegan a nuestras vidas y nos duelen intensamente. Es el misterioso dolor humano que golpea las puertas del rico y del pobre, en todas las edades, y en todos los tiempos.

Habrá que asumirlo para integrarlo a la realidad. Ojalá que nunca vivamos quejándonos de nuestras cruces y sepamos llevarlas con dignidad, sin hablar a cada minuto de ellas.

Nuestras cruces, grandes o pequeñas, se unirán a la cruz de Jesús en la medida que vayamos meditando más profundamente en el Cristo Crucificado y en su amor redentor.

Juntar nuestras manos a las de Jesús Crucificado

Jesús nos tiende la mano y, si la estrechamos, nos encontraremos con manos traspasadas por los clavos y veremos a Alguien coronado de espinas, con su costado abierto por la lanza del soldado.

El segundo paso en el camino de la cruz, es juntar nuestras manos con las de Cristo para darle un sentido de redención a nuestro dolor.

Será ir descubriendo que Jesús nos llama a "completar su pasión", o sea, a aplicar los méritos de su cruz a la vida de los hombres.

Nunca podremos huir totalmente del sufrimiento que está insertado en nosotros; pero sí podemos aceptarlo y unirlo al de Jesús en una actitud de corredención. Fue lo que hizo María al pie de la cruz. Es la actitud de Simón el Cireneo que une su cruz a la de Cristo y lo ayuda en el camino al Calvario. Es el gesto de Verónica, la mujer que limpia el rostro del moribundo que sube la montaña.

Será juntar nuestras manos con las de Cristo y con las manos de todos los que sufren en la tierra. Será sufrir con los enfermos, con los encarcelados, con el cesante. Será compartir la suerte de los marginados y despreciados. Es ver el rostro de Jesús que sufre con tantos hermanos nuestros y con fe, por El, unirnos en actitud solidaria. No basta juntar las manos con quienes sufren, porque Jesús muestra cómo hay que aliviar el sufrimiento en forma concreta y real.

Amar la cruz que lleva a la Resurrección

Será el tercer paso. Según el Cura de Ars "amar a un Dios crucificado es amor de gratitud; pero amar a un Dios que nos crucifica es el amor generoso".

El paso de llegar a amar la cruz hasta transformarla en bastón de apoyo, es un paso importante. Es valorizar el dolor y captar su valor purificador y salvador. Será penetrar en los sentimientos de Jesús para compartir con El la agonía del Viernes Santo.

Sólo entonces se podrán entender algunos conceptos que nuestra civilización no quiere aceptar. Son los conceptos de ascética, abnegación, penitencia, ayuno y moderación en el vivir.

"Jesús se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2, 8) y pagó el precio del amor total e incondicional a su Padre y a la humanidad.

Al mirar al Señor, en esas condiciones, por amor a El, y para compartir su dolor, se ve posible llegar a amar la cruz. Así la cruz será instrumento de purificación en el amor e irá despojando al amor de todo egoísmo y mezquindad. *La identidad cristiana únicamente se comprende en el Cristo Crucificado.*

"Los judíos piden milagros, los griegos quieren sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo Crucificado" (1 Cor. 1, 23) y más adelante San Pablo les dice a los mismos corintios que ha decidido "ignorararlo todo a excepción de Jesús Crucificado".

En consonancia con estos textos bíblicos, el teólogo Moltman escribe: "la identidad cristiana únicamente puede comprenderse en el Cristo Crucificado".

La cruz que era motivo de venganza, se ha transformado en gloria y liberación. La cruz es motivo

de alegría en la paz y en la guerra. San Juan de la Cruz afirma que "quién no busca la cruz no busca la gloria de Cristo".

"Jesús muere voluntariamente al pecado" (Rom. 6, 10); rechaza toda violencia y así salva al mundo. Por su cruz, destruye el odio y la violencia, porque "se hizo pobre para enriquecer a muchos" (2 Cor. 8, 9).

La cruz es "la señal del cristiano" y "en la cruz está la salvación". Para un cristiano la cruz debe ser el gran distintivo, su orgullo y su identidad. No por ser instrumento de suplicio, sino por ser expresión máxima del amor.

Para profundizar el camino de la cruz habrá que penetrar decididamente en la Eucaristía, que une el dolor humano de todos los siglos al dolor del Crucificado. Habrá que meditar más en la Palabra de Dios y acompañar, en silencio, al Señor en su camino hacia la Pasión y la Resurrección.

He desarrollado tres temas neurálgicos para ayudar a una mejor formación. Habrá que profundizar en cada uno de ellos y recoger estos caminos en la fe, con humildad y amor. La Virgen María deberá ser nuestra gran compañía en estos caminos. Ella, mejor que nadie, supo recorrer los caminos de la oración, del amor y de la cruz, en una actitud serena y profunda.

IV. ETAPAS CRISIS DIVERSIDAD DE VOCACIONES

Desde la adolescencia hasta la madurez se necesitan años y tiempos de crecimiento. Todo el proceso de desarrollo de una personalidad atraviesa crisis y dificultades. Habrá tiempos de rebeldías y tiempos aparentemente inútiles de estancamiento; pero todo es necesario para llegar a una personalidad bien formada.

Esta verdad se aplica a todo crecimiento, humano y religioso. También se aplica a la formación de comunidades cristianas y a todo aquello en lo cual se juega la vida de los hombres.

Habrá etapas de infancia, de adolescencia y de madurez: qué necesario es conocer las etapas en las personas y en las comunidades. Se trata de conocer los tiempos. Eloy Leclercq ha escrito: "Hay un tiempo para todos los seres; pero ese tiempo no es el mismo para todos. El tiempo de las cosas no es el de los animales. Y el de los animales no es el de los hombres. Y sobre todo, y diferente a todo, está el tiempo de Dios que encierra todos los otros y los sobrepasa. El corazón de Dios no late al mismo tiempo que el nuestro. Tiene su movimiento propio. El de eterna misericordia que no envejece nunca y se extiende de edad en edad. Es muy difícil entrar en ese tiempo divino. Y sin embargo, solamente en El podemos encontrar la Paz".

a) Las etapas

Enriquecerse, Poseerse y Darse

Todos buscamos caminos de seguridad y apoyo. Suelen buscarse mecanismos para lograr esa riqueza interior que permite alternar con los otros en forma normal. Las personas se enriquecen en vocabulario, en cultura, en conocimiento de la Palabra de Dios, y van así adquiriendo un conjunto de valores que los van complementando.

Es lo que se llama *enriquecerse*. Es el tiempo en que se acumulan los conocimientos o experiencias. Es la época en que algunos juntan dinero o devoran libros, como quien está apresurado por saber o tener alguna seguridad interior. Generalmente esa seguridad es colocada en elementos exteriores a las personas. Así las comunidades buscan el conferenciante que viene de lejos y las personas quisieran captar la idea que aparece en el último libro de moda.

Con el tiempo se llega a la segunda etapa, o sea, el *poseerse*. Es la asimilación de lo que se ha recibido. Es digerir la cultura, los conocimientos, las ideas que otros nos entregaron. Es la etapa crítica en la cual se hace una selección de lo que es realmente importante y se arroja por la borda lo que parece secundario. Es el tiempo de la rebeldía con los mayores, de la independencia de sus padres. Sobrevienen las crisis, las grandes dudas y temores, surgen las preguntas difíciles en las cuales se cuestiona todo lo recibido. Es la adolescencia, con todo lo hermoso y difícil que encierra este tiempo.

Esta etapa no bien afrontada, engendra personas marcadas por la amargura, por la protesta o por la denuncia.

Llega una tercera etapa: *darse*.

Las personas entienden, o más bien intuyen, que la vida no es para guardarla, sino para darla. Llegamos a un momento en que ya no importa tanto la "realización personal", sino el bien y la felicidad de quienes nos rodean.

Pasada la etapa agresiva y prepotente de la adolescencia física o espiritual, se alcanza una madurez en la manera de vivir y enfocar los problemas y las relaciones con Dios, con los hermanos y las cosas (Puebla 322).

Se ha producido un decantamiento. Quedan menos libros; pero son libros asimilados. Quedan las ideas fundamentales; se supera el ahorro de sí mismo por temor a gastarse, y se descubre la alegría de dar, en el amor verdadero.

Estas tres etapas no son totalmente sucesivas, ya que suelen estar entremezcladas. La vida no es una sucesión lógica de hechos y siempre nos depara grandes sorpresas.

Enriquecerse, poseerse y darse son tres etapas expresadas en variadas formas.

Para algunos será dar cosas, enseguida tendrán el valor de dar tiempo y llegarán al don de ellos mismos. Descubrirán qué diferente es dar a darse y que sólo en el don total de nosotros mismos, está el amor verdadero.

Para nosotros será pasar de una oración de petición, a una oración de acción de gracias y finalmente entender la adoración, que significa olvidarse de sí mismo para pensar sólo en Dios, con amor.

La tarea de quienes acompañan estas etapas será siempre ayudar a que muchos lleguen a la madurez sabiendo atravesar estas etapas previas.

b) Crisis y rupturas

No es fácil franquear etapas y con frecuencia se dan pasos prematuros y precipitados. "Qué difícil es aceptar la realidad y ningún hombre la acepta totalmente. Queremos siempre añadir un codo a nuestra estatura, de una u otra manera. Aun cuando pensemos trabajar por Dios es eso lo que buscamos, hasta que un día tropezamos con un fracaso, con un fracaso profundo, no nos queda más que una realidad desmesurada: DIOS ES. Descubrimos que no hay más todopoderoso que El, y que él es solo Santo y él solo Bueno. Quién acepta esta realidad y se goza hasta el fondo en ella, ha encontrado la Paz. Dios es y eso basta. Pase lo que pase, está Dios, el esplendor de Dios. Basta que Dios sea Dios. Sólo el hombre que acepta a Dios de esta manera es capaz de aceptarse verdaderamente a sí mismo. Se hace libre de todo querer particular y ninguna cosa viene a turbar en él el juego divino de la creación. Su querer se ha simplificado y al mismo tiempo se hace vasto y hondo como el mundo. Está abierto a la acción de Dios que hace de él lo que quiere, que lo lleva a donde quiere... Ve claro el interior del mundo... participa en la bondad de Dios, se hace misericordioso..." (Leclercq).

Las crisis no son fáciles de atravesar porque somos seres débiles e imperfectos. Se producen rupturas generacionales y los mayores manifiestan ten-

dencias posesivas que les impiden entender que el adolescente llegó a la madurez y necesita una mayor independencia o autonomía.

Uno de los principales mecanismos de Dios para hacernos crecer es su silencio, difícil y terrible. Es la sequedad en el espíritu que trae las dudas de fe y de confianza; pero sólo en esa forma, y atravesando ese silencio, se llega a una madurez espiritual verdadera. Sentirse privado del sentimiento religioso, o sea, "no sentir a Dios", en la oración, es algo que aleja a muchos de la vida interior. No quieren comprender que el silencio es el camino que Dios tiene para llevarnos a una fe madura y adulta. Ese es su camino porque El habita en nosotros y por El vivimos.

Otro gran mecanismo para crecer es comprometerse con los otros y descubrir nuestras limitaciones e inseguridades. Dios se vale de todo el mundo, de las relaciones humanas, para purificarnos de los orgullos y los egoísmos que nos impiden crecer.

Saber pasar etapas, atravesar desiertos y sequedades, afrontar rupturas, forma parte de todo proceso para llegar a una madurez real.

Muchos quedarán en etapas infantiles, o adolescentes, por no querer jamás atravesar los caminos difíciles del desierto y la obscuridad de una fe despojada de lo sensible. Son muchos los que prefieren vivir dependientes de otros, o en falsa independencia, sin lograr ser personas maduras por temor a las crisis y rupturas. Que común y que terrible es constatar cómo algunos tienen gran capacidad de amor, pero son incapaces de recibir amor, cuando llegan las crisis o los grandes problemas. Cuesta entender que es más difícil dejarse amar que amar; cuesta aceptar que el amor es más una respuesta

que una iniciativa. Dios pide grandes transformaciones y se vale de la pobreza y del fracaso para purificar el corazón. El cambia nuestros planes y trae la verdadera libertad por caminos inesperados.

La grandeza del Rey David radica en su lealtad hacia Dios. Era pecador; pero en una relación clara con el Señor. Al Ser débil se hizo fuerte. El que era duro y orgulloso se hizo humilde y de gran dulzura interior, porque logró entender la purificación que significó su pecado.

La realidad de las rupturas es compleja y no podrá resumirse en pocas páginas. Pienso sólo, y a modo de ejemplo, en Paulo VI cuando escribe: "el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas, es la ruptura entre Evangelio y cultura" (E. N. 20). Problema de vida o muerte para la Iglesia. Sólo enunció un problema grave y difícil que requiere mucho tiempo y profundidad para abordarlo.

c) Diversidad de vocaciones

Los llamados de Jesús a seguirlo en la construcción del Reino de Dios suelen ser múltiples y las vocaciones son demasiado diferentes, incluso bajo apariencias iguales. Hay llamados al sacerdocio muy diferentes unos de otros. En la vida laical la diversidad aún es mayor.

La vida cristiana da posibilidades a muchas vocaciones, y por eso Jesús nos dice que "en la Casa del Padre se dan muchas moradas".

Cada vocación exige un proceso diferente, y la vida afectiva de un hombre consagrado en amor de castidad seguirá un proceso de maduración diferen-

te a la de un hombre casado; la oración de una religiosa carmelita será muy diferente a la oración de un gerente de banco o de un obrero de construcción; la fe de quien es probado por una enfermedad difícil sigue un camino distinto a la de quien tiene excelente salud.

Siempre habrá caminos diferentes y el respeto a la acción del Espíritu llevará a respetar esa gran diversidad.

Etapas, crisis, diversidad de vocaciones, necesitan ser acompañadas por personas maduras, con espíritu y experiencia. Es un trabajo apasionante y de grandes consecuencias.

Termino estas líneas pidiéndole a Jesús y a la Virgen que susciten muchos hombres y mujeres, especialmente entre los consagrados a Dios, que aprendan la manera de ayudar en esta tarea primordial de la Iglesia.

INDICE

Introducción 5

I. LA META FINAL: PERSONAS QUE ELIGEN SEGUIR A JESÚS, EN COMUNIDADES DE LA IGLESIA AL SERVICIO DEL REINO DE DIOS 9

- a) Ser persona 9
- b) Escala de valores para el tiempo que se vive .. 1
- c) Elegir y seguir a Jesús 2
- d) En Comunidades de Iglesia 2
- e) Al servicio del único Absoluto: El Reino de Dios 6

II. CRITERIOS BASICOS GENERALES DE FORMACION 13

- a) El corazón de discípulo 28
- b) En comunión con la Iglesia y para la vida .
- c) Una formación integral y unificada, permanente y progresiva 2
- d) El respeto a la acción del Espíritu Santo 34

III. TRES TEMAS NEURALGICOS EN LA FORMACION DE PERSONAS 37

- a) El camino de la oración 38
- b) El camino del amor y de la amistad 44
- c) El camino de la cruz 42

IV. ETAPAS, CRISIS, DIVERSIDAD DE VOCACIONES y la 48

- a) Las etapas 48
- b) Crisis y rupturas 48
- c) Diversidad de vocaciones 48